

CAPÍTULO 1º

UN TRABAJO COMO OTRO CUALQUIERA

Tras mucho meditarlo, Pablo de la Cruz ha decidido aceptar el trabajo del que hace tan sólo un par de días le hablase su amigo Juan Robles.

-¡Qué carajo! –Se dice mientras prepara su NIKON profesional y la tarjeta de memoria de la cámara y los mete en su pequeña maleta-. A estas alturas no puede permitirme el lujo de rechazar más trabajos. Las facturas siguen llegando y la puta crisis no perdona ni a los fotógrafos que han ganado varios premios –cierra la maleta y añade, también para sí-: Además, con un poco de suerte, podré tirarme a una de las modelos.

Con esta idea en mente, y una amplia y lasciva sonrisa en los labios, Pablo de la Cruz sigue metiendo ropa en la diminuta maleta.

A las 17:00 de la tarde, el joven pero curtido fotógrafo sube a su Ford Fiesta y pone rumbo a Vega del Río, un pequeño pueblo situado a unos cien kilómetros de Madrid, donde supuestamente le esperan cinco guapas modelos para una sesión de fotos solicitada por una de esas revistas de venta por catálogo.

Lleva cerca de diez años en la profesión, y a lo largo de su carrera ha fotografiado de todo, desde castillos medievales en Alemania, a indigentes en las fabelas de Río de Janeiro. Sin embargo, durante los dos últimos años, y debido a la crisis que azota gran parte del Mundo, sus servicios como fotógrafo que,

todo hay que decirlo, le han aportado unos cuantos premios de cierta categoría, no están todo lo solicitados que a él le gustaría, y ahora se ve “obligado” a aceptar este trabajo.

Está a punto de meter la llave en el contacto del coche, cuando suena su móvil.

-¿Quién coño será ahora? –Toma su Blackberry y sonrío al ver la foto de Laura, su ex novia-. ¡Hola, Laura! Pensaba llamarte –miente descaradamente. Lo último que pasaría por su cabeza sería llamar a esa arpía que lo dejó tirado en el mismo momento que dejó de encontrar trabajos decentes como fotógrafo.

-Ayer hablé con Juan. Me dijo que te había conseguido un trabajo de lo tuyo.

-Así es –pablo toma aire antes de añadir-: Precisamente ahora salía para el pueblo donde tengo que hacer las fotos. Así que si me disculpas... -Y sin añadir una palabra más, cuelga.

Mal que le pese, en el fondo, o quizás no tan en el fondo, la sigue queriendo, y se maldice por ello.

Sin embargo, y mal que le pese también, vuelve a coger su móvil y la llama. Ella coge el teléfono a la primera, lo que confirma lo mucho que lo conoce.

-Voy a un pueblo llamado Vega del Río, a unos cien kilómetros de Madrid. Sólo te puedo decir eso.

-¿No vas a decirme siquiera en qué consiste el trabajo? –Inquieta ella desde el otro lado de la línea-. No irás a hacer fotos guarras a alguna fulana, ¿verdad?

-¡No, por Dios! –Replica él espantado-. Espero no caer tan bajo –luego lanza una divertida carcajada y añade-. Sabes que eres la única mujer a la que he fotografiado desnuda.

-Sí, lo sé –susurra ella a su oído desde la Blackberry.

Por unos segundos ninguno de los dos dice nada.

Finalmente es Pablo quien rompe silencio para decir algo de lo que se arrepiente en el mismo instante que sale de su boca.

-¿Por qué no funcionó lo nuestro, Laura? –Lo único que obtiene como respuesta es el silencio más absoluto desde el otro lado de la línea. Laura ha colgado, como siempre que sale el tema.

Pablo se limita a lanzar un suspiro y a poner el coche en marcha.

Son casi las 17:30 de la tarde y aún le quedan casi tres horas de viaje hasta su destino.

Cuando llega a Vega del Río son casi las 20:30 de la tarde, y el Sol ya empieza a ocultarse por el horizonte.

Lo primero que le llama la atención al llegar al lugar es una vieja casona situada a las afueras, al final de un descuidado caminito de grava, donde han dejado crecer las malas hierbas. Y casi sin pensarlo dos veces decide que será allí donde hará las fotos a las modelos.